

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—ADVERTENCIA.—ESTRAVÍOS, por D. Francisco Flores Arenas.—REVISTA DE CÁDIZ, por D. Francisco Flores Arenas.—ROSA DEL CIELO ó EL BELLO IDEAL DE UN POETA, por Julio Rosas.—LOS DOS CUADROS, por P.—GEOGRÁFICO.

ADVERTENCIA.

Con el presente número se distribuye el prospecto de los excelentes Dictionarios de Neuman y Baret, adicionados ahora con presencia de los mejores que acerca de ambas lenguas española é inglesa se han dado á luz.

Sobre esta interesante publicacion llamamos la atención de nuestros suscritores.

ESTRAVÍOS.

La correspondencia que insertamos siempre en la hoja de cubierta del cuaderno de cada mes, sirve para esplicar claramente el objeto de estas líneas y el motivo de su epígrafe. Por ella se puede juzgar del portentoso número de reclamaciones que dirigen á la administracion de LA MODA centenares de suscritores de varios puntos en queja de no haber recibido el periódico; lo cual obliga á duplicar otros tantos números cuantos son los que desaparecen en cada hornada. La gracia, como dicen en esta nuestra tierra, es ciertamente *mohosa*.

La empresa y la administracion, como es muy natural, han tratado de averiguar las causas, toda vez que son las que sufren los efectos. Veamos de ayudarlas en sus investigaciones.

¿Será que como al cabo los números son papel se los lleva el viento por esos caminos? Pero es el caso que los que mas fácilmente desaparecen son los cuadernos del primer domingo, y entre ellos con preferencia los que llevan láminas grabadas ó música ú otro extraordinario, y como entonces pesan mas, debiera ser harto mas difícil que el viento se los llevase. No es eso por tanto: no hemos dado en el quid.

¿Será que el encargado en vez de echar los paquetes por el buzón los echa por un husillo?

Esta suposicion sería completamente absurda: no pensemos en ella. Además nos consta que de la administracion de correos de Cádiz salen incólumes.

ABRIL.

¿Será que en los carruages de la correspondencia pública exista algun principio químico capaz de disolver los números de LA MODA como el agua disuelve la sal?

Pero si fuese así, como no los disuelve todos?

¿Será que los roen los ratones?

Cosa posible es, y aun acaso la que tiene mas probabilidades. Recomendamos la averiguacion del hecho y su enmienda á algun gato de buenas uñas.

La verdad del caso es que los números salen todos de aquí, y la verdad es que muchos de ellos no llegan á su destino. En dónde se quedan enredados es lo que no nos es posible á nosotros averiguar; pero tal vez demos con quien averiguarlo pueda, que tras de eso se anda.

Ello es tristísima cosa que una empresa que tan fielmente cumple con sus compromisos, que una empresa que puede hacer alarde de ir siempre mas allá de la mas nímia exigencia, se vea defraudada en sus intereses y hasta comprometida en su honra por culpa ajena, por culpa quizá de quienes mas obligados están a evitarlas.

En suma, tales son los peligros de extravío que amenazan á cada número de LA MODA, que si esto sigue nos veremos obligados á poner en cabeza de ellos una estampa de San Antonio, abogado de las cosas perdidas, para que los libre de trasconejamientos como los dichos, y á nosotros por tanto de reclamaciones muy justas y muy legítimas de parte de nuestros suscritores.

Al cabo cuando el Niño Jesus se perdió en el templo, pareció á los tres dias; pero número del periódico que se pierde no hay ejemplo de que vuelva á parecer mas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

REVISTA DE CÁDIZ.

La feria de Sevilla se ha hecho sentir de una manera notable en nuestra poblacion. Las gentes que de ella han emigrado temporalmente para gozar del magnífico espectáculo que en estos dias ofrece la reina del Guadalquivir, han sido en el presente año muchas mas en número que otras



veces, merced á la facilidad que para ello ofrece la nueva vía férrea, por mas que háyamos oido denunciar ciertas faltas nada veniales en la organizacion del servicio de los trenes, y entre ellas la de haber venido los pasajeros algunas noches completamente á oscuras por haberse apagado á la mitad del camino las linternas de los coches: cosa que á ser cierta exigiria un remedio pronto y eficaz, porque el juego de la gallina ciega suele traer graves inconvenientes cuando no todos saben ó no todos quieren jugar limpio.

No dudamos de que si el hecho es exacto se corregirá cual corresponde. Una falta en la que media el aceite seria imperdonable en Andalucía.

Si á la causa de emigracion ya dicha se agrega la que procede de las familias que han marchado á Puerto Real, número que habrá de aumentarse aun con motivo de la próxima feria de aquella villa, se comprenderá bien la razon de que Cádiz se halle tan menguado de gentes, sobre todo en los dias festivos.

No han faltado sin embargo funciones ni motivos de apretura. Las comuniones pascuales de algunos establecimientos de beneficencia, las comidas públicas de acogidos y enfermos, han hecho el gasto durante los pasados dias, y de esto es en primer lugar de lo que brevemente pasamos á ocuparnos.

Santo y bueno es que la comunión pascual se verifique de un modo solemne y digno de la grandeza del objeto; bueno y santo es el que se dé comida extraordinaria á los pobres acogidos; pero entendemos que el hacer esto del modo que se hace en ciertos establecimientos es inconvenientísimo y por demás nocivo.

Vamos á esplicarnos.

Se trata, por ejemplo, de un hospital. Dos mil esquelas de invitacion se han repartido *ante diem*, en las que para mayor solemnidad del acto se suplica la asistencia de *tutti quanti*. Al reclamo de una ó dos músicas que zurren bien al bombo y que les hace á los enfermos muy buen provecho, acuden las gentes á bandadas, obstruyen patios, escaleras y enfermerías, los unos charlan, los otros rien, una mujer chillá porque le han aplastado la empleita del ahuecador, un hombre berrea porque le han hecho tortilla sus tres mejores callos, todos gritan y nadie se entiende, el termómetro señala cuarenta grados, no hay aire que respirar.

En esto llega la hora de la comida, y las personas encargadas de suministrarla aparecen plato en ristre; ¿pero cómo penetrar por medio de aquel compacto gentío? A fuerza de muchos *con permiso* hay quien logra llegar á una cama, mas al tocar el deseado término ved aquí que un empuellon trastorna el plato, y el caldo se vierte en el suelo, cuando no sobre el enfermo mismo que recibe entre interjecciones y muecas aquel inesperado baño.

Pero demos de barato que nada de esto llega á suceder, ¿se ha olvidado que aquellas salas contienen doscientos ó trescientos enfermos, y que no ya á los enfermos, sino ni á los sanos tampoco se les puede exigir que permanezcan horas y horas cual si estuviesen encantados ó cual si sus cuerpos fue-

sen gloriosos? ¿Qué hacer pues cuando aquella inoportuna publicidad les veda todo arbitrio de disponer de sus personas para sus mas indispensables menesteres?

Reflexiónese pues acerca de todo esto, y se verá que el enfermo que escapa con pellejo de una de esas comidas en la que se le pone en pública exhibicion, tiene dias en que vivir.

Teniendo en cuenta estas atendibles consideraciones, nuestro digno prelado dispuso con alta prevision que la comunión pascual de los heridos del Hospital de Sangre se verificase sucesivamente por salas, y sin ese fausto y ostentacion á los que se sacrifica el bienestar y la salud de los que en aquel acto por sí tan solemne no necesitan de bombo ni de espectadores curiosos, sino de recogimiento cristiano. A su vez la celosa é ilustrada comision que está al frente del espresado establecimiento, tampoco ha alterado el orden severo que allí reina con comidas de grande espectáculo. ¿Para qué? Allí los militares acogidos comen muy bien todos los dias y no han menester, por tanto, esperar para ello á que llegue alguna fiesta solemne. Así nadie tampoco podrá aplicar á aquella los versos de *El mal Apostol y el buen Ladron* que dicen:

"Cuando hacen bien los judíos
Lo trompetean primero."

Los caballeros de la ínclita orden de San Juan de Jerusalem han hecho celebrar unas honras en la parroquia castrense por las almas de los militares que han fallecido á consecuencia de la campaña de Africa, costeando despues comida y cigarros para los enfermos y heridos existentes en el hospital militar, y un refresco ó cosa tal para las personas convidadas al acto. Nada podemos decir del acto porque la ínclita orden, considerando sin duda á nuestra individualidad harto poca cosa para merecer semejante honra, no se cuidó de dirijirnos la esquila de invitacion que se exigia á la entrada como comprobante. No es, pues, culpa nuestra si no damos, como hubiéramos hecho en otro caso, la reseña de lo ocurrido.

De teatros hablaremos mas largamente. El Principal se sostiene menos mal de lo que pudiera sospecharse en vista de la no muy benévola actitud de los primeros dias, ahora nuevamente renovada. El Balon navega entre sus dramas, y no seria extraño que llegase á buen puerto en época mas favorable que lo es la actual para las empresas.

Concluirémos diciendo como de paso que el diestro prestidigitador Sr. Macaluso se halla aquí de vuelta de Lisboa, habiendo demorado su viage al Brasil temeroso de que lo escamotee la fiebre amarilla. Parece que aun permanecerá algun tiempo por este pais, siendo probable dé algunas funciones en las ciudades inmediatas, y que aproveche desde luego al efecto la afluencia de gentes en la próxima villa de Puerto Real durante la feria.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ROSA DEL CIELO

6

EL BELLO IDEAL DE UN POETA.

I.

El teatro estaba espléndido en flores frescas y fragantes, en trajes riquísimos, en pedrerías deslumbradoras. La concurrencia bulliciosa é impaciente que llenaba los ámbitos del edificio, respiraba una atmósfera ardiente y perfumada: lindos candelabros de oro y azul iluminaban radiantes el ancho salón.

Jorge ocupaba una luneta próxima á la orquesta, derramando sobre las flores, las pedrerías y los trajes de terciopelo miradas vagas y distraídas.

Pero antes de continuar es preciso saber quien es este jóven.

II.

Allá en las márgenes del Rhin, llamado por los poetas el rio de las leyendas fantásticas y de los cuentos misteriosos, no lejos del sitio en que las rujientes ondas se precipitan por un cauce estrecho y profundo quebrándose en mil escollos, entre montes salvajes que tiñen las aguas con los opacos tintes de su sombra, se señalan aun al viajero los restos de un castillo feudal de la edad media, desde cuyas torreallas se contemplaba la mas imponente y terrorífica de las perspectivas.

En este castillo vivia un jóven dulce, melancólico, espiritual, de suaves miradas y simpática sonrisa, que amaba un ser ideal desconocido. Tenia veinte y cuatro años: se llamaba Jorge. Pasaba horas enteras en la alcoba de su madre que gemía en el lecho de las enfermedades. Sentado á la cabecera de la cama prodigaba á la mejor de las madres palabras de cariño y de consuelo. Y mientras la enferma dormía, Jorge contemplaba á través de los cristales de la ventana, las colinas de esmeralda, los bosques, los prados, las aldeas y cabañas que rodeaban el castillo.

Jorge era poeta y pintor: á los doce años escribió sus primeros versos en el tronco de un árbol con motivo de la muerte de una tórtola que arrullaba dulcemente su sueño suave y apacible.

A esa edad ya le gustaba, á la hora en que las últimas ráfagas del viento de la tarde se quejan tristemente en las lánguidas ramas de los sauces, vagar solitario y pensativo por las escarpadas orillas del Rhin oyendo el monótono rumor de las aguas, y contemplando el color melancólico que dan las azuladas montañas á la interceptada luz de aquellos barrancos y desfiladeros.

Sus hermosos ojos negros se elevaban á menudo con una ligera inflexión hacia el cielo. Los brillantes y sedosos bucles de sus cabellos negros como las plumas de los cisnes de la Nueva-Holanda, coronaban graciosamente su frente ancha y llena

de pensamientos. Su alma se mecía en olas de infinita tristeza. La sonrisa melancólica del ángel se dibujaba siempre en sus labios.—Anciano en medio de su juventud, como Rafael el amante de Fornarina, se sentía abrumado bajo el peso de su inspiración.

—Qué tienes? le preguntaba cariñosamente su madre.

—Tengo enfermo el corazón—murmuraba Jorge con lánguido acento.

Y una lágrima brotaba de sus párpados.

—¿Y qué haces aquí, hijo mio? ¿Por qué no buscas nuevas impresiones, nuevas ideas en otros climas, en otros países?

—Yo me alejaría de tí, madre mia; pero ¿cómo dejarte sola, enferma, sin parientes, abandonada en este solitario y apartado castillo?

III.

Una noche que el viento silbaba en las almenas del castillo con desesperado empuje y la lluvia y el granizo azotaban los cristales de las ventanas, Jorge se presentó en la alcoba de su madre.

—Madre mia, exclamó. Yo seré feliz, el mas feliz de los hombres el día que se haga palpable y tangible mi bello ideal.

Y diciendo esto sacó del bolsillo una miniatura que habia pintado en sus horas de soledad y de inspiración, y que representaba una pastora vestida con traje verde de caza, coronada con florecillas azules y blancas, sentada en un banco de musgo y bañada de languidez por los rayos de la luna que rielaba en un azulado riachuelo.

La enferma llevó á sus labios aquella creacion de la fantasía del jóven poeta, tan nueva, tan original, y volviendo la cara para ocultar sus lágrimas, murmuró elevando los ojos al cielo:

—¡Dios mio! ten piedad de mi hijo!

IV.

En la tarde del siguiente día, la enferma atrajo hacia su seno la cabeza de Jorge y besándole en la frente le dijo con persuasiva é insinuante voz:

—Querido hijo: el exceso de melancolía necesita violentas emociones. Esta noche es la funcion de despedida de una célebre bailarina en el teatro ***

Ya hace tres años que no vas al teatro, Jorge.

—Desde que tú estás enferma, pobre madre mia.

—Es natural en tu edad despues de tantos años de privaciones desear volver al teatro, á tu espectáculo favorito. Quiero que vayas esta noche, Jorge.

—Y olvidas que no podemos separarnos, madre mia?

—Es preciso, querido hijo, yo te lo ruego, añadió la enferma con cariñoso acento. Nuestra separacion será muy breve: cuatro ó cinco horas....

—Pero madre....

—Yo te lo suplico, Jorge, por la memoria de tu padre. Vé al teatro y lograrás distraerte aunque no sea mas que las primeras horas de la noche.

Jorge llegó al teatro cinco minutos antes de principiar la función.

Al fin se oyó la argentina vibración de una campanilla, el director de orquesta hizo señas y la cortina se descorrió.

Un murmullo de admiración circuló por todo el teatro.

La escena representaba un valle de risueña perspectiva, cubierto de verdor, matizado de rosas y alumbrado por la tibia luz de la luna. Aquí y allí se veían bosquecillos de verdura, bancos de musgo y guirnaldas de flores.

Sentada en uno de estos bancos de esmeralda, junto á un riachuelo de sinuoso giro, brillaba una hermosa joven vestida con traje verde de caza, coronada con florecillas azules y blancas, bañada con languidez por los rayos de la luna.

Era una beldad trasparente, de nariz griega, boca de coral, ojos árabes, cuello de cisne, pecho turgente y hechiceramente modelado, talle breve y pies de niña.

—Mi bello ideal se ha hecho palpable y tangible. ¡Oh, qué ángel tan bello! exclamó Jorge con voz tan alta que fué oído por todos los concurrentes.

La bailarina volvió dulcemente sus ojos hacia el joven poeta y asomó á sus labios teñidos con el carmin de la elegante camelia una sonrisa llena de irresistible y mágica seducción. Al mismo tiempo se puso en pié y al compás de la música ligera y aérea como la mariposa, viva como el colibrí de América, flexible como la palmera que se mueve á impulsos de la brisa, balanceándose como el lirio sobre su tallo, vaporosa como una sílfide, se entregó á todas las delicias de un baile campestre y fantástico. ¡Qué gracia en los movimientos! cuánta limpieza en la ejecución! qué miembros tan elásticos! qué sonrisas, qué miradas, qué frescura en los labios, qué lozanía en las mejillas, qué cuerpo tan impalpable, tan aéreo!

Bailaba con toda su alma, con todo su corazón, con todas sus facultades, abandonándose de una manera tan lánguida é indolente que fascinaba y conmovía. Con los ojos medio cerrados, con la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo, con la boca entreabierta semejante al capullo de rosa salpicado con las perlas del rocío, parecía abismada en el éxtasis arrobador del baile. Sus movimientos ora eran ligeros como el pajarillo que salta de rama en rama, ora eran lentos como las cadencias de una canción melancólica. Giraba en todas direcciones, se doblaba como el bambú á impulsos de la brisa, se erguía y volvía á doblarse.

Aquel encanto y embeleso, aquellas actitudes, aquellos movimientos vivos y rápidos, la gracia hechicera de aquella Wilis que giraba entre las flores alrededor de su misma sombra, aquella sonrisa risueña y tentadora, aquella atmósfera de fuego y atracción que la envolvía, aquella danza aérea y fantástica: aquella sílfide impalpable, inmaterial, que se lanzaba al aire como una nube vaporosa, no puedo ni podré describirla jamás.

Y tanto encanto, tanta ligereza, tanta fantasía,

hablaban á la imaginación frases de delirio. La concurrencia en los trasportes de su entusiasmo se había levantado como si fuera una sola persona y aplaudía frenética y unánimemente.

¡Tal era el efecto mágico y las sensaciones que despertaba en los corazones aquella joya del aire!

Los hombres agitaban los pañuelos y los sombreros y las damas arrancaban con violencia las rosas frescas y perfumadas que adornaban su cintura ó sus cabellos para arrojarlas al escenario.

Y de todos los ámbitos del teatro partían ramilletes, pájaros, guirnaldas y coronas de verde y brillante laurel que tanto agrada á los dioses. Y la bailarina se deslizaba vaporosa como la sonrosada neblina, como la blanca bruma que se desprende de los ríos, por la espesa alfombra de fragantes plantas que tapizaba el ancho escenario. ¡Oh! nada más bello, nada más fantástico que contemplar aquel ángel de hermosura columpiándose sobre una montaña de flores, envuelta en una nube de pájaros y de hojas de rosas.

Y entre aquellas flores había blancas margaritas de los bosques, narcisos de los prados, modestas violetas de color de plata, jazmines de primavera, flores de madre selva que crecen en las grietas de las torrecillas arruinadas, camelias teñidas con el carmin del coral, dalias de las ardientes llanuras de Méjico, claveles de Jerusalem, y ramos de azahares.

En todas aquellas hojas, en todas aquellas flores, en el cáliz embalsamado de todas las rosas, en las cintas de todas las coronas, en las alas de todos los pájaros había escritas palabras de admiración y de cariñosa simpatía hacia la célebre bailarina maravilla del aire.

Jorge, echado hacia adelante, palpitando de amor, de sorpresa, y de placer, mudo, inmóvil, seguía con la vista todos los movimientos de aquella sílfide, de aquella linda hada que de cuando en cuando clavaba en él sus miradas tan puras, tan límpidas y seductoras.

Al caer el telón, Jorge, arrebatado, delirante, trémulo, corrió hacia el escenario llevando en la mano la miniatura que siempre traía consigo y se precipitó sobre la montaña de flores, exclamando:— ¡Rosa del Cielo! ¡Rosa del Cielo!

La hermosa bailarina que se hallaba lánguida, cansada, con la frente apoyada en el tronco de un árbol, volvió la cara hacia el que pronunciaba su nombre. Jorge, enseñándole la miniatura, exclamó:

—Ven, Rosa del Cielo. Tú eres el bello ideal que yo he evocado en mis horas de soledad y de inspiración. Ven á mi castillo. Tuyo es mi nombre, tuyo mi corazón, tuyas mis riquezas. Yo quiero encender las antorchas de nuestro himeneo. Quiero colocar en tu frente la guirnalda nupcial y el velo del desposorio.

V.

A poco, á la claridad de la luna, corría un caballo blanco por las orillas del Rhin, el río de las leyendas fantásticas y de los cuentos misteriosos.

Montaba el fogoso corcel un joven vestido de trovador, cuya pluma azul ondeaba suavemente á impulsos de la brisa de la noche. Llevaba el trovador en sus brazos una hermosa pastora con traje verde de caza, coronada con florecillas azules y blancas.

—¡Cuánto te amo, Rosa del Cielo! murmuraba el joven con acento dulce como los quejidos de amor que lanzan las brisas de la caída de la tarde entre las flores. Tú eres el ángel que he evocado siempre en mis horas de soledad y de inspiración. Yo le buscaba ansioso al recorrer los valles, al trepar las rocas, al vagar por las orillas del río, y al subir á las montañas. Yo te llamaba á todas horas: yo preguntaba por tí á la rosa entreabierta, al arroyo, al pájaro, á la nube, al sol y á las estrellas. Tú eres tan necesaria á mi existencia como lo es el aire para las aves. Tú eres mi pensamiento único, mi única esperanza. ¡Oh! cuánto te amo, cuánto te amo, ángel mío!

—Quién quiera que seas, yo te amo! decía la linda pastora con acento melodioso! Yo te amo con toda la exaltación de mi alma, con todo el fuego de mi juventud. A nadie sino á tí, he distinguido entre la multitud: nadie sino tú ha atraído mis miradas. Solo por tí ha latido mi corazón: solo por tí abandono mi carrera artística. No mas triunfos, no mas ovaciones. Desde esta noche mi gloria, mi ambición, mi felicidad, todo se reduce á ser amada por el hombre que yo buscaba con anhelo. Vivamos lejos de los demás, solos é ignorados.

—Sí, Rosa del Cielo, vivamos solos é ignorados, entregados á nosotros mismos, sin ambición, sin pesares, sin remordimientos. ¡Oh, cuán felices seremos bendiciendo á la naturaleza porque nos ha formado el uno para el otro! Cada uno de nuestros minutos de ventura será la eternidad en un minuto, cada una de nuestras caricias será el colmo de la alegría.

VI.

—Gracias, Dios mío! Tú has tenido piedad de mi hijo. Mi hijo se ha salvado!

Así exclamaba la enferma al estrechar en sus brazos á Jorge y á Rosa del Cielo, dos horas después de concluida la función del teatro.

Y al sonreír el alba del día siguiente, dos banderas blancas flameaban en las almenas del castillo y los ecos de las montañas repetían los sonidos de las cornetas que anunciaban á los vasallos, que el joven castellano se desposaba con la mas hermosa de las mujeres, con una *Rosa del Cielo*.

JULIO ROSAS.

LOS DOS CUADROS.

I.

—Pero, mi pobre Dorotea, ¿qué haceis? ¿Por qué recogéis esas flores, que no tienen ya ni perfume ni color?

Estas palabras iban dirigidas por una preciosísima joven, casi niña todavía, á una doncella de edad madura y de un rostro bondadoso, y que indicaba discreción. Encontrábanse las dos en una encantadora estufa, que formaba la última habitación de una lindísima casa de la avenida de Montaigne; flores de todos países se abrían al rededor de ellas; los brezos, los cactus, las camelias, las mimosas, la variada familia de las crucíferas y las labiadas, pasando del púrpura oscuro al rosa mas pálido, ocupaban esas gradas de espléndidos colores y embriagadores perfumes; el heliotropo salvaje, la pasionaria, trepaban por las paredes; rústicas lámparas, colgadas del techo, de vidrio, estaban cubiertas de ramos y flores; una concha que parecía excavada en la roca, contenía plantas acuáticas, y encantaban el oído con el suave murmullo las perlas líquidas, que se elevaban y volaban á caer sin interrupción: en el fondo de la estufa una elegante pajarera encerraba bellísimos pájaros de las Indias, que recordaban su patria en aquel aire tibio y perfumado y entre tan brillantes flores.

Eugenia iba de sus pájaros á sus flores, y gozaba con aquellas bellezas de otro clima que había reunido en su derredor. Especialmente las plantas eran las que mas atraían su atención y sus cuidados: había cogido unas tijeras y cortaba con esmero las hojas amarillentas, las flores marchitas que afeaban los arbustos; mas á medida que caían al suelo, las recogía Dorotea cuidadosamente, y las metía en una cestita. Eugenia lo vió, y por eso la preguntó. La doncella dudó un instante, y al fin respondió:

—Señorita, esas flores que arrojaís, causarán placer alguno.

—¿A quién?

—¿No conoce la señorita á las personas que viven en el quinto piso?

—No, Dorotea, sabéis que jamás he subido á él. —Pues bien, señorita, son muy buenas gentes; honradas, laboriosas, pero pobres: ¡oh! ¡pobres!... creo que son alemanes; el padre es grabador en metales: pero siempre está enfermo, no gana casi nada... Además no es conocido: nadie viene á buscarle á su quinto piso... Sus hijos son tambien artistas: su hijo Federico pinta retratos grandes, cuadros como los que están en el gabinete del señor: la hija, la señorita Ida, pinta flores.

—¿Y vos la recogéis modelos? ¡oh! mi pobre Dorotea, ¿por qué no lo deciais?

—¡Toma! señorita Eugenia, no me atrevia... Es verdad, todas las mañanas recojo las flores marchitas de la estufa y de los tiestos, se las llevo á la señorita Ida: las estudia, las copia, las arregla en ra-

milletes, guirnaldas... ¡Ah, tiene mucho talento!...

—¿Pero gana algo?

—No, todavía no; ella y su hermano no hacen mas que estudiar: dicen que todavía no saben bastante para atreverse á presentar sus obras á los compradores. ¡Son tan modestos y laboriosos esos niños! Y amantes de su pobre padre....

Mientras Dorotea hablaba, Eugenia habia cogido la cesta y echada en ella porcion de flores cogidas de todo los tuestos de la estufa. Era un grupo encantador, que hubiera excitado el genio de un pintor de gusto.

—Tomad, dijo la jóven; llevad la cesta á la señorita Ida; decidla que mañana la enviaré albums, modelos, y una coleccion de bonitas rosas pintadas. Somos hermanas; porque ya sabeis, Dorotea, que mi tio quiere que aprenda yo á pintar flores. Haré partícipe á Ida de todas mis riquezas de arte, sin duda adelantará mas que yo.

—¿Y no dirán nada la señora y vuestro señor tio?

—¿Acaso dice algo mamá, cuando se trata de hacer un favor? ¿Se opone mi tio á lo que hacemos mamá y yo?

Y diciendo estas palabras se encogió de hombros con suma coquetería, y Dorotea, cogiendo la cesta, se fué muy alegre.

Estas dulces relaciones, enabladas por una delicada compasion y una discreta simpatía, continuaron, y Eugenia añadió al mérito de sus atenciones para con los pobres artistas el mérito mas raro de la perseverancia. Las flores mas bellas, las frutas, los dibujos, las obras de arte, todo lo que la riqueza colocaba en sus manos, lo prodigaba á su vez á su protegida; mucho podia hacer, porque huérfana de padre, era la hija adoptiva, la heredera designada de uno de los mas opulentos propietarios de París: su tio, M. de Saint-Dizier, no tenia otras afeciones en la tierra que Eugenia y su madre; pero ambas, sencillas y generosas en medio de la fortuna, no usaban de su influencia en el ánimo del anciano mas que en favor de los desgraciados, y gracias á estos amables abogados, M. de Saint-Dizier, que no se ocupaba para nada de los pobres, era conocido, venerado por mas de una familia indigente, y él mismo ignoraba las bendiciones de que su nombre era objeto.

Eugenia hubiera querido prodigar mayores beneficios al grabador alemán y á sus hijos; pero sus deseos benéficos se estrellaron contra una invencible altivez. En vano combinó los mas ingeniosos medios: en vano usó de toda la diplomacia que podia ofrecer el genio fecundo de Dorotea; rehusáronla su oro, la fueron devueltos sus regalos; los pobres y orgullosos artistas no aceptaban mas que las flores del jardin y de la estufa, ó á título de préstamos, algunas obras del arte y algunos libros preciosos. Ida, en sus escasas visitas, la daba muestras de una tímida amistad; pero jamás Eugenia pudo obtener la confianza, que la hubiese permitido ofrecerla libremente sus servicios.

Estos obstáculos no pudieron, sin embargo, enfriar su celo: además, en aquel momento acudia á

los manantiales perennes del amor y la tierna caridad; se disponia á hacer su primera comunión. La víspera de aquel gran dia envió á sus vecinos un encantador canastillo lleno de frutas y flores; en medio de ramitos de rosas se encontraba una bonita *Imitacion de Cristo* con estas palabras: "Eugenia de Saint-Dizier á su amiga Ida Koenig;" y este libro, consejo de los seres dichosos, consuelo de los afligidos, no fué rehusado.

II.

Han pasado diez años. Eugenia y su madre no habitan ya en la avenida de Montaigne, ni en el suntuoso palacio donde han visto pasar tan hermosos años; la fortuna y sus promesas han huido; pero en el fondo de sus corazones la mútua ternura y la confianza en Dios han quedado como inmutables tesoros.

Habiéndose vuelto receloso é irritable, á consecuencia de una cruel enfermedad, M. de Saint-Dizier no habia podido perdonar á su hermana una ligera oposicion á su voluntad, y poco tiempo antes de su muerte la habia desheredado, legando sus inmensos bienes á parientes lejanos.

La señora de Saint-Dizier no se quejó; abandonó con una altiva tranquilidad aquella vasta herencia que le estaba prometida, y se retiró á Passy con su hija; las quedaba una renta de ocho mil reales, y vivieron en una estrecha medianía, olvidadas del mundo, olvidándose tambien, y echando de menos de la opulencia únicamente la facultad que les proporcionaba de hacer el bien.

Eugenia quiso contribuir á ganar su subsistencia con su trabajo; dedicóse con ardor á sus estudios, y sus disposiciones, que habian sido el adorno de sus dias prósperos, llegaron á ser sus esperanzas y su porvenir. Se habia ocupado mucho de la pintura, volvió á emprender sus tareas, las prosiguió con perseverancia, y despues de dos años de constantes trabajos acabó un cuadro, que fué admitido en la exposicion.

Habia trabajado en él con un fervor entusiasta; mas en cuanto le acabó no sintió mas que ese amargo decaimiento del artista, que tiene el sentimiento de lo verdadero y de lo bello, y que no puede realizar la idea creada por su imaginacion, que corre tras concepciones encantadoras, que no puede fijar en el lienzo; que experimenta en su alma emociones que no podrá expresar. El estímulo del jurado fué impotente para animar su espíritu y contrapesar la severidad del juicio que hacia de su talento; sin embargo, quiso volver á ver su cuadro en el gran día de la exposicion, colocado entre los maestros, y fué con su madre al salon.

Buscó su obra, y la halló en un ángulo muy iluminado de la sala, toda llena de cuadros y brillante de colores. Detúvose delante de aquella creacion de su imaginacion y de su mano, y procuró juzgarla con imparcialidad. Aquel cuadro no representaba mas que flores; pero estas flores representaban una idea, y sobre todo un sentimiento.

Eugenia, consagrada desde su nacimiento á María, había querido que su primer lienzo fuese dedicado á la bondadosa Madre de Dios: en las frondosas ramas de una encina veíase oculta una imagen de María; al pié del árbol se elevaba un altar de césped, sobre el que la piedad de los aldeanos había depositado un montón de flores, zarzas, rosas de los bosques de oro de la pradera, claveles abiertos á orillas de los arroyos, madre-selvas y lirios de los valles, ramos de rosas, acacias, lilas, peonías y rosas de los jardines. Todas las hermosas flores de la primavera se confundían, se enlazaban sobre aquel altar en el mas gracioso desorden.

El cuadro se llama *el Mes de María*. Eugenia le miró primero con amor, porque pensaba en las dulces esperanzas que había alimentado al hacer aquel trabajo; la protección de María, el amor de su madre, el recuerdo ya lejano de Ida, todas aquellas imágenes revivían para ella en aquel lienzo: pero después de haberle mirado con simpatía, le miró como artista y le juzgó con severidad.

El dibujo le pareció débil, el colorido poco animado, no era aquella la naturaleza tal como la había admirado en su gracia salvaje, no eran aquellas las flores, joyas sencillas y preciosas esparcidas sobre la tierra por la mano del Criador; era una naturaleza convencional, eran las flores de raso ó de papel, y no verdaderos pétalos, húmedos con el rocío del mes de mayo. Se volvió hacia su madre con tristeza, y la dijo:

—¡No es esto, mamá! ¡Oh! ¡si pudiese pintar lo que tengo en la cabeza!

Su mirada se fijó al punto en otro cuadro, que representaba también flores, y se detuvo mirándole con admiración. Era una cesta llena de rosas, pero de rosas que parecían frescas y perfumadas, unas blancas en medio de un oscuro follaje, otras con todos los matices del carmin, esparcidas en medio del musgo, y recordando todas las inmensas variedades de la mas bella de las flores.

—¡Qué cuadro tan encantador! exclamó Eugenia: ¡qué vida, qué frescura! ¡Oh, mamá! mira esa rosa real y aquella *Malmaison*, y esta magnífica rosa de Alejandría: ¡qué riqueza de tono y qué seguridad de pincel!

—Hija mía, dijo la señora de Saint-Dizier, ¿no te dice este cuadro otra cosa?

—¿Qué quereis decir?

—Mirale con atención; ¿no has visto nunca una cesta semejante á esta, llena de rosas de todas clases, y en medio de las flores un libro? Mira, ese libro es la *Imitación de Cristo*... ¿No te acuerdas?

—La cesta que yo he dado á Ida! Oh! mamá, tienes razón; es la misma, y ese cuadro solo Ida ha podido pintarlo!

Vivamente conmovida, buscó en el catálogo y encontró en el número 283 una "Cesta de rosas" por la señorita Ida König, de Tréveris.

—Ella es! se acuerda de mí después de tantos años! Ha obtenido un triunfo! Qué gran talento y qué noble corazón! Oh! mamá, soy feliz, muy feliz al ver esto!...

—Quién sabe si volveremos á ver á Ida? dijo la señora de Saint-Dizier á media voz.

—Y aquí está el nombre de su hermano, dijo Eugenia, que había ojeado el catálogo, mira: El señor Federico König, cuatro cuadros; San Felipe Neri, orando en las catacumbas de Roma; la Educación de la Santísima Virgen; Santa Adelaida escapándose de su prision; y Rodolfo de Habsbourg acompañando al Santo Viático.

Buscaron los cuadros y los hallaron fácilmente, porque la concurrencia los había observado y se detenía delante de ellos. Eran obras maestras, llenas de tono y energía, y no se sabía qué admirar mas, si el éxtasis de la plegaria que expresaba el noble rostro del santo, orando en medio de las tumbas de los mártires, ó la piedad guerrera del pobre page conduciendo bajo el espeso enramado, á orillas del torrente, el caballo que llevaba al Señor de los señores. Aquellos cuadros parecían que inspiraban el recogimiento de que estaban impregnados, é instintivamente al mirarlos se hubiese hablado bajo como en una iglesia.

—Es hermoso! dijo al fin Eugenia; y nuestros amigos son muy dichosos!

Al día siguiente estaba sentada sobre su caballete, cuando resonó un fuerte campanillazo. Dorothea, cuyo paso era pesado por los años, salió á abrir; oyóse una exclamación, y en el mismo instante entró una señora joven en el estudio y corrió hacia Eugenia. Esta no tuvo necesidad mas que de mirar una vez.

—Ida! exclamó.

—Sois vos! al fin sois vos! os he buscado tanto tiempo! Mi amiga, mi bienhechora, os vuelvo á ver!

—Oh querida Ida, qué feliz soy!

Se contemplaron: Ida no era ya la joven tímida y oscura que evitaba en otro tiempo hasta las caricias de Eugenia, y á quien el orgullo del pobre parecía dar un aspecto glacial; serena, feliz, expansiva, su hermoso rostro expresaba sentimientos mas puros y mas tiernos. Después de infinitas caricias y palabras entrecortadas, dijo al fin á Eugenia:

—Vos misma ignorais todo lo que os debemos. ¿Reconoceis este libro? Es la *Imitación* que me disteis el día de vuestra primera comunión. Pues bien, á este libro, regalo de vuestra mano, debemos nuestra conversión; porque nosotros éramos protestantes, y ahora somos católicos, somos hijos de la Iglesia... Escuchad: cuando nos conocisteis, éramos muy desgraciados... Extranjeros, pobres, sin recursos, desolados por la temprana muerte de nuestra madre y por la enfermedad de nuestro padre, no teníamos en el fondo del alma mas que amargura y desesperación. Vuestras delicadas atenciones tranquilizaron algunas veces nuestros espíritus. ¡Es tan agradable cuando se sufre ser adivinado y comprendido! ¡Es tan agradable, cuando se está aislado en una gran ciudad, verdadero desierto para el indigente y el extranjero, encontrar una mirada bienhechora, ser objeto de una cordial atención!... Vuestro libro, vuestra preciosa *Imitación*, fué para nosotros también un gran consuelo.

Jamás habíamos leído nada semejante, le abría-

mos al acaso, en un momento de pena y angustia, y siempre encontrábamos el pasaje que podía tranquilizarnos y fortificarnos. Mi padre le leía en sus largos insomnios; Federico le abría cuando estaba sombrío y desanimado; para mí este librito era mi refugio y mi íntimo amigo... ¡Oh! el capítulo del *Camino real de la Cruz* debe haber hecho mucho bien á las almas afligidas, si he de juzgar por mi propia experiencia! Y despues de haber admirado, decíamos siempre: ¡Este libro es obra de un católico!

Y leíamos el libro cuarto, y añadíamos: del amor á su Dios es de donde el autor ha sacado su ciencia de las necesidades del corazon... Y la bondad divina nos dirigia de ese modo por la mano hácia el conocimiento de la verdad.

Vuestra buenas obras, querida Eugenia, las de vuestra señora madre, contribuian á darnos una alta idea de la religion católica, y aunque no estudiésemos todavía en el seno de la Iglesia, ya gustábamos del perfume que semejante al de Magdalena, embalsama toda la casa, y que se exhala á la vez de todas las almas fieles y de los escritos piadosos de los genios inspirados. Nacian todos estos sentimientos en nuestro corazon, cuando un pariente de mi madre nos llamó á Tréveris. Entonces estábais vos en las aguas de Canteret con el señor de Saint-Dizier: no pude veros antes de nuestra partida para espresaros mis sentimientos, mis deseos y mis confusas esperanzas.... Partimos: al marchar de vuestra casa rogué á Dios por vos.

Nuestro regreso á Alemania fué feliz. Tréveris es la ciudad católica por excelencia, y no nos costó trabajo el hallar un excelente sacerdote que llevase á cabo con sus instrucciones la obra que la gracia habia comenzado.

Abjuramos los errores de Lutero en aquella santa iglesia, donde se conserva la túnica de Cristo; y bajo sus bóvedas antiguas, que han visto tantas lágrimas y resonado con tantas oraciones, tuvimos la dicha de beber en los vivos manantiales de los Sacramentos, y como vos, mi querida Eugenia, hice mi primera comunión. No sobrevivió mi padre largo tiempo á aquel hermoso día; espiró dulcemente mientras yo le leía en la *Imitacion* el capítulo que tanto le gustaba: *Del deseo de la vida eterna*. Su muerte fué á la vez para nuestros corazones causa de amargura y alegría: no estaba ya con nosotros, pero estaba con Dios!

Qué mas os diré? Retirados en nuestra piadosa Alemania, hemos orado, hemos trabajado. Federico se ha hecho un buen pintor, y la celebridad, la fortuna, se le han presentado á él, que no las buscaba.

Yo tambien pinto flores, y como mi hermano esponia este año algunas cosas en París, he pintado yo, como recuerdo, el canastillo de flores que me disteis, y que contenia mi querida *Imitacion*. Esperaba ofreceros este cuadro; pero no os volví á ver en la avenida de Montaigne, y en los muchos años que han trascurrido, nadie ha podido darme las señas de vuestro paradero.

Vuestro *Mes de Mayo* y el catálogo de la exposicion me han orientado.... Bendito sea Dios! mi

hermana, amiga mia, os he encontrado al fin!

Lloraban las dos. La señora de Saint-Dizier entró al mismo tiempo; las dos jóvenes, enlazados sus brazos, corrieron hácia ella y la hicieron feliz con su dicha.

Hoy Eugenia es la mujer de Federico: Ida, que no quiere casarse, no los ha abandonado; viven en Alemania con la señora de Saint-Dizier, y forman parte de esa pléyada de artistas cristianos que parecen resucitar en nuestros días la fé, la pureza, la sencillez, el genio de ángel de Fiesoli y de la escuela de la Umbría, y que glorifican al Señor con sus obras y sus virtudes.

P.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Icaro tendió sus alas y en medio del mar cayó.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

